

El Proceso de Inculturación

Juan Pablo II en Brasil

En nuestro número anterior (pp. 388-394) hemos recogido de los Discursos pronunciados por el Papa en Africa los textos directamente relacionados con la problemática de la inculturación o "africanización" de la Iglesia. En la Homilía durante la Misa en el barrio del centro administrativo (Bahía, Brasil), el día 7 de Julio de 1980, el Papa volvió al tema, tan urgente también en ciertos ambientes de nuestro continente. De esta Homilía reproducimos aquí la parte sobre el proceso de inculturación:

Sé que se discuten, también entre vosotros, como en Africa recientemente visitada por mí, los rumbos exactos del proceso de inculturación. Sí; es sagrada y digna de respeto, en sus elementos esenciales, la cultura de cada pueblo. Pero es importante también recordar los derechos de Dios, de la Iglesia y del Evangelio. Como igualmente, el fundamental derecho de todo hombre a los beneficios de la redención realizada por Cristo Jesús. "Todo hombre debe poder encontrarse con Cristo", recordaba yo en la Encíclica *Redemptor hominis* (n. 13). Todo hombre, por otra parte, necesita de Cristo, también El hombre perfecto y salvador del hombre. Cristo es la luz que, integrada en las más diversas culturas, las ilumina y eleva por dentro. La verdadera fe no está en contradicción ni aun con los valores religiosos de la religión de cada pueblo, pues les revela la verdadera faz de Dios, que es Padre. La fe cristiana respeta las expresiones culturales de cualquier pueblo, siempre que sean verdaderos y auténticos valores. Pero dejar de transmitir a todos los hombres el íntegro depósito de la fe sería una infidelidad a la propia misión de la Iglesia. Sería no reconocer a los hombres un fundamental derecho suyo: el derecho a la verdad.

Claro está que el anuncio de la fe supone una adaptación a la mentalidad de los que son evangelizados. Sin embargo, esa adaptación no implica, en modo alguno, una expresión y un anuncio del Evangelio incompleto. Somos guardianes de la Palabra de Dios y, por tanto, no tenemos derecho a mutilarla en nuestras predicaciones ante cualquier auditorio. Y no se diga que la evangelización deberá necesariamente seguir al proceso de humanización. El verdadero apóstol del Evangelio es el que va humanizando y evangelizando al mismo tiempo, en la certeza de que quien evangeliza, también civiliza.

Así debe seguir siempre. Recuerden siempre los misioneros y evangelizadores de este querido Brasil, que su compromiso principal es con el Evangelio, siendo competencia y deber primario del Estado ofrecer a todo brasileño las condiciones exigidas por una vida digna, resultado de la conveniente satisfacción de todas las necesidades primarias de la existencia. A la Iglesia le corresponde solamente de modo subsidiario la solución de los problemas de orden temporal.

La Iglesia desea entrar en contacto con todos los pueblos y todas las culturas. Ella misma desea enriquecerse con los valores verdaderos de las culturas más diversas. La Liturgia es uno de los campos —no ciertamente el único— para ese intercambio entre la Iglesia y las culturas. En tal sentido, la experiencia

demuestra, de modo convincente, que es posible salvaguardar religiosamente las verdades y expresiones culturales que la legítima autoridad eclesiástica propone como de institución divina, y respetar con amorosa y atenta fidelidad los textos y ritos que la misma legítima autoridad deliberadamente excluye de la creatividad de los individuos y grupos —comentadores, animadores litúrgicos, presidentes de asambleas eucarísticas, celebrantes principales de los sacramentos— y al mismo tiempo dar a la celebración un carácter de adaptación al ambiente en que se realiza. La sabiduría con que los presidentes y celebrantes cumplen su papel es de extrema importancia.

De ese intercambio permanente y fecundo han de beneficiarse tanto la cultura indígena, igual que la negra y la europea, como también —¿por qué no decirlo?— la propia Iglesia en vuestro país.

Las manifestaciones religiosas populares, purificadas de sus defectos, de toda superstición y magia, son indudablemente un medio providencial para la perseverancia de las masas en su adhesión a la fe de sus antepasados y a la Iglesia de Cristo.

Comunidades Eclesiales de Base

Mensaje del Papa a las Comunidades en Brasil

En su Discurso al Episcopado brasileño, en Fortaleza, el día 10 de Julio de 1980, el Papa Juan Pablo II quiso referirse también a las comunidades eclesiales de base. "Estas comunidades —decía— constituyen una experiencia actual en América Latina y sobre todo en este país. Experiencia que ha de ser acompañada, asistida y profundizada para dar los frutos por todos deseados sin desviarse hacia finalidades que le son heterogéneas". Revelaba entonces a los Obispos que tenía un texto especial sobre este tipo de comunidades, que, por falta de tiempo, no tuvo el gusto de dirigir personalmente de viva voz a los destinatarios, pero que lo confiaba a la misma Conferencia Episcopal brasileña. El texto se dirige directamente a los líderes de las comunidades eclesiales de base en el Brasil:

Amados hermanos:

1. Vuestro deseo de poder encontraros con el Papa durante su visita a Brasil coincidía con el deseo que yo mismo tenía de reunirme con vosotros. Pero no ha sido posible, con gran pena para mí, tomar contacto con todas las realidades y experiencias de la Iglesia en Brasil. Respecto a algunas he tenido que limitarme a conversar con personas ligadas a ellas. Eso me ha sucedido con vosotros, miembros y responsables de comunidades eclesiales de base. La lectura de las relaciones quinquenales de los obispos de Brasil y mis conversaciones con ellos durante la actual visita "ad Limina Apostolorum" confirman algo que yo ya conocía por anteriores informaciones: la enorme importancia que tienen las comunidades eclesiales de base en la pastoral de la Iglesia en Brasil. Por eso, no habiendo tenido ocasión de encontrarme con vosotros, no quisiera dejaros sin unas palabras más, como signo de interés.